

TÍTULO: *Los escarabajos vuelan al atardecer*

AUTOR: Maria Gripe

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Cuando Jonás Berglund cumplió 13 años, el 27 de junio, recibió, por fin, el anhelado magnetófono. De inmediato comenzó sus investigaciones.

Quería proceder metódicamente y por eso empezó grabando los ruidos que surgen en la naturaleza cuando los animales se comunican entre sí.

También quería grabar todos los ruidos mecánicos que se producen en las diversas actividades humanas.

Aquella noche del 27 de junio, Jonás, con su hermana Annika, que tenía 15 años, y un amigo de ambos, David Stenfåldt, que era un año mayor que Annika, caminaban despacio por el campo, junto a la vía por la que el tren nocturno de Estocolmo debía pasar en breve. Jonás quería grabar el traqueteo de las ruedas.

Era una noche preciosa, todo lo serena y hermosa que pueden ser las de verano. Empezaba a asomar la luna, que en una par de días sería luna llena. No se movía ni un soplo de viento; en la hierba cantaban los grillos; el agua murmuraba, lamiendo suavemente las piedras del riachuelo que nacía en el bosque, al otro lado del campo, y atravesaba el pueblo de Ringaryd.

Jonás acababa de grabar el canto de los grillos y había desconectado el magnetófono.

-¿Lo sabías, Annika? -preguntó de repente David. Jonás conectó de nuevo el aparato.

-¿Qué? -contestó Annika.

-Que cuando uno se hace viejo, ya no es capaz de oír cantar a los grillos.

-¡Pero si cantan altísimo! -contestó Annika.

-¡Precisamente por eso! Esos tonos tan altos no se perciben cuando uno se hace viejo -explicó David. Jonás desconectó de nuevo el aparato.

-¿Alguien quiere regaliz? -preguntó, sacando una caja de regaliz que llevaba siempre en el bolsillo. Pero no quisieron. En realidad, lo sabía. Jonás creía que Annika y David eran unos anticuados, pues decían que su regaliz era demasiado fuerte y que el regaliz corriente era mucho mejor.

Jonás no lo tomaba por su sabor, sino por sus efectos. Quería conservar siempre ágil el pensamiento, y decía que el regaliz le hacía más inteligente; pero ninguno de sus dos amigos lo comprendía así.

Entre tanto llegaron las 21 horas 36 minutos, es decir, la hora en que pasaba el exprés por Ringaryd.

-¡La hemos hecho buena, se nos ha escapado el tren! -murmuró Jonás.

-Me extraña -contestó David-. Tendríamos que haberlo oído.

-Voy corriendo un momento al río -y Jonás desapareció cuesta abajo. Todavía no había grabado en su magnetofón el murmullo del río de Ringaryd. Los otros dos lo siguieron. Mientras esperaban el tren, grabó el ruido del agua. Quería tenerlo, como contraste de la naturaleza frente a los trepidantes ruidos de los adelantos humanos.

De repente, Annika susurró:

-¡Silencio, por ahí hay alguien remando!

Se oía un ruido ligero, cauteloso. Jonás puso el magnetofón en marcha:

-Aquí, Jonás Berglund. Estoy grabando junto a la orilla del río. Estamos oyendo el chapoteo de unos remos. Parece que hay alguien remando. ¿Quién podrá ser?

-Seguro que es un hombre mayor susurró Annika. Jonás comentó en voz baja:

-Sí, debe ser un hombre de edad indefinida.

Justo en ese momento se oyó toser al desconocido. Era una tos fuerte, que Jonás grabó en su cinta. Al mismo tiempo se oyó el grito de un pájaro, lo que resultó una combinación de sonidos muy interesante.

Aparte de eso, todo estaba en calma. Se oyó al bote deslizarse entre los juncos y atracar en algún sitio cercano.

Jonás siguió informando:

-Debido a la espesa vegetación de juncos, no puedo dar noticias exactas sobre el lugar en que ha atracado el bote.

De pronto sonó un ruido lejano a través del silencio, y Annika exclamó:

-¡Jonás, corre si quieres grabar el tren!

Los tres subieron apresuradamente hasta las vías y llegaron justo en el momento en que el tren pasaba atronadoramente.

-¡No te acerques tanto, Jonás! -le gritó Annika; pero su voz se perdió en el estrépito del tren...